

Craig Johnson

Los mocasines de otro hombre
El cuarto caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés de
María Porrás Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Dedicado a Bill Bower y a todos aquellos locos de atar
que la mañana del 18 de abril de 1941 despegaron del
portaviones *USS Hornet* para surcar un cielo frío y gris...
Y a todos aquellos que han servido en el ejército
antes y después.

Agradecimientos

Un escritor, al igual que un *sheriff*, es la encarnación de un grupo de personas y, sin su apoyo, estaríamos en apuros. He tenido la suerte de contar con la bendición de un buen grupo de amigos y compañeros que han hecho que este libro sea posible. Esta novela es una obra de ficción y no hay que olvidar que los chicos del 377 Escuadrón de Seguridad de la base aérea de Tan Son Nhut componían unas fuerzas del orden de primera.

Me gustaría dar las gracias a Kara Newcomer, historiadora de la División Histórica del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, y a los muchachos del rancho Willow Creek. A Janet Hubbard-Brown y Astrid Latapie, por echarme una mano con el francés que se hablaba en Indochina, y al personal y a los médicos del VA Medical Center de Fort Mackenzie, en Sheridan, sin olvidar a Hollis W. Hackman y Chuck Guilford.

Gracias a mis altos mandos: Gail Hochman, Kathryn Court, Alexis Washam y Ali Bothwell Mancini; a mi oficial a cargo de la logística, Sonya Cheuse; y a Susan Fain, mi asesora militar. Gracias a Marcus Trueno Rojo por quitarle el silenciador al Jeep para convencer al enemigo de que llevábamos tanques. Y medalla al mérito a Eric Boss por conseguir todo lo que pude necesitar, cerveza incluida. Muchas gracias a James Crumley por la cantina y a Curt Wendelboe y Rob Kresge por aguzar el oído y advertir que todo estaba en calma... sospechosamente en calma.

Y, sobre todo, gracias a la persona con la que más disfruto compartiendo trinchera: mi esposa, Judy.

*Gran Espíritu, no permitas que juzgue a mi semejante
hasta que no camine una milla calzado con sus mocasines.*

Antigua plegaria india

–Dos más.

Cady me miraba sin decir nada.

Llevábamos así una semana. Habíamos llegado a un punto muerto, y ella estaba satisfecha con sus progresos. Yo no. El fisioterapeuta del Hospital Universitario de Pennsylvania, en Filadelfia, me había advertido de que esto podía suceder. No es que mi hija fuera perezosa, era algo mucho peor: estaba aburrida.

–¿Dos más?

–Ya te he oído... –Cady se dio un tirón de los pantalones cortos y evitó mi mirada–. Tu voz es difícil de ignorar.

Me acodé en una rodilla y me llevé el puño al mentón, retrocedí un poco en el banco de abdominales y eché un vistazo a mi alrededor. No estábamos solos. Había un chico con una camiseta del Quarterback Club de Durant que estaba intentando levantar sus sesenta y cinco kilos de peso en una de las máquinas del gimnasio. No sabría decir qué pintaba allí, pues no había televisores ni era un gimnasio tan pijo como el del piso de abajo. De hecho yo entendía todos los aparatos... básicamente porque no hacía falta enchufarlos, pero no podía dejar de preguntarme qué hacía él allí. Quizá se debía a la presencia de Cady.

–Dos más.

–Que te den.

El chaval se rio por lo bajo y yo me quedé mirándolo. Luego me giré hacia mi hija. Eso era algo positivo: a veces la rabia ayudaba a que terminara antes, a pesar de que me privaba del

lujo de la conversación durante el resto de la noche. Hoy no me importaba, ella había quedado para cenar y luego tenía que volver a casa para contestar una llamada importante. En cambio, yo estaba sin plan. Y tenía todo el tiempo del mundo.

Mi hija se había cortado su melena cobriza para igualarse el pelo, que había empezado a crecerle alrededor de la incisión en forma de U que le habían practicado y que había permitido que su cerebro malherido saliera adelante. Se le notaba únicamente una cicatriz en el nacimiento del pelo. Era preciosa, lo malo es que lo sabía.

Era capaz de conseguir lo que se propusiera. Su belleza equivalía a un acceso rápido a todo en la vida. Me sentía afortunado cada vez que me llevaba consigo.

—¿Dos más?

Ella recogió su botella de agua y dio un trago, sosteniéndome la mirada con calma. Los dos estábamos vestidos de gris y permanecimos sentados sin dejar de mirarnos. Luego ella me tiró del cuello de la camiseta con un dedo, pasando una uña por la clavícula al descubierto.

—¿Y esta?

Que fuera guapa no significaba que fuera tonta. El despiste era otra de sus tácticas. Y yo tenía cicatrices como para despistar a la Primera División al completo. Hubo un tiempo en el que ella recordaba mi cicatriz, pues la había visto en numerosas ocasiones. Su pregunta era un síntoma de la pérdida de memoria que mencionara el doctor Rissman.

Ella continuaba dándome golpecitos en el hombro con el dedo.

—Esa.

—Dos más.

—¿Y esa?

Cady nunca se rendía.

Ese era un rasgo común a todos los Longmire y, en nuestra diminuta familia, se hacía trueque con las historias, se consideraban un intercambio de información por emociones, a la par que un ejercicio de estética. Por eso le contesté.

—Me la hice en el Tet.

Cady dejó la botella de agua sobre el suelo de goma.

—¿Cuándo?

—Antes de que tú nacieras.

Bajó la cabeza y me miró a través de sus pestañas, con una media sonrisa que le tensaba el pómulo.

—Pero ¿pasaban cosas antes de que yo naciera?

—Bueno, nada que fuera demasiado importante.

Ella inspiró hondo, se agarró a ambos lados del banco y se esforzó todo lo posible para subir los quince kilos de peso con las piernas. Poco a poco las pesas alcanzaron el máximo y luego, lentamente, bajaron. Un momento después ella había recuperado el aliento.

—Fuiste inspector marine, ¿verdad?

Asentí.

—Pues sí.

—¿Por qué los marines?

—Era la guerra de Vietnam y, como me iban a llamar a filas igualmente, decidí escoger algo por mí mismo.

No dejaba de sorprenderme lo que su cerebro dañado había elegido recordar.

—¿Cómo era Vietnam?

—Todo era muy confuso, pero conseguí conocer a Martha Raye.

No satisfecha con mi respuesta, continuó estudiando mi cicatriz.

—No tienes ningún tatuaje.

—No. —Suspiré para darle a entender que sus tácticas no estaban dando resultado.

—Yo tengo uno.

—Tienes dos. —Carraspeé en un intento de poner fin a la conversación. Ella se remangó la manga de la camiseta de la marca Philadelphia City Sports, dejando al descubierto el desvaído tótem cheyene en forma de tortuga que llevaba tatuado en el hombro. Probablemente no fuera consciente de que había comenzado un tratamiento para eliminarlo; había sido idea de su exnovio, pero eso había sucedido antes de su accidente—. El otro lo tienes en el culo, pero no hace falta que lo veamos ahora mismo.

El chico dejó escapar otra risita. Me giré y le clavé una mirada aún más intensa que antes.

—Oso estuvo contigo en Vietnam, ¿verdad?

Estaba sonriendo cuando me volví hacia ella. Todas las mujeres importantes de mi vida solían sonreír al hablar de Henry Oso en Pie. Era una costumbre un poco molesta, pero Henry era amigo de toda la vida, el mejor, así que lo tenía superado. Era el propietario de El Poni Rojo, un bar en el límite de la reserva de los cheyenes del norte, a poco más de un kilómetro de distancia de mi cabaña, y Cady iba a cenar con él. No me habían invitado. Mi hija y él estaban conchabados. Lo cierto es que llevaban conchabados prácticamente desde que ella nació.

—Henry trabajaba sobre el terreno, con el Grupo de Operaciones Especiales. No combatimos juntos.

—¿Cómo era él entonces?

Me quedé meditando la pregunta.

—Los años le han suavizado un poco el carácter. —La sola idea asustaba—. ¿Dos más?

Sus ojos grises relampaguearon.

—Una más.

Sonreí.

—Una más.

Cady volvió a situar sus esbeltos brazos a ambos lados del banco y observé cómo sus piernas musculadas subían y bajaban los sesenta y cinco kilos. Esperé un momento, luego me incorporé penosamente, le di un beso en la cicatriz en forma de herradura y la ayudé a levantarse. La recuperación iba a las mil maravillas, gracias sobre todo a las ventajas de la juventud y a su estupenda forma física, pero los ejercicios de la tarde le pasaban factura y normalmente, cuando terminábamos, sus pasos eran vacilantes.

La sostuve de la mano y recogí la botella de agua, tratando de ignorar que hacía apenas dos meses mi hija era una brillante y prometedora abogada que vivía en Filadelfia y que ahora estaba en Wyoming esforzándose por recordar si tenía tatuajes y cómo se caminaba sin ayuda.

Nos dirigimos a las escaleras en dirección a las duchas del

piso de abajo. Cuando pasamos junto al chaval de la otra máquina este miró a Cady con admiración y luego se volvió hacia mí.

—Oiga, ¿*sheriff*?

Me detuve un instante y dejé que Cady se apoyara en mi brazo.

—¿Sí?

—J. P. nos contó que usted una vez levantó seis discos.

Continué mirándolo.

—¿Qué?

El chico hizo un gesto en dirección a las pesas en los estantes de la pared.

—Jerry Pilch. El entrenador de fútbol americano. Dijo que en su último año, antes de irse a la Universidad del Sur de California, era capaz de levantar una pesa de seis discos. —El chico continuaba mirándome fijamente—. Eso son casi ciento cuarenta kilos.

—Bueno, sí. —Le guiñé un ojo—. Jerry siempre ha tenido cierta tendencia a exagerar.

—Eso mismo pensé yo.

Me despedí del chaval con un gesto de cabeza y ayudé a Cady a bajar las escaleras. En realidad habían sido ocho discos, pero eso había sucedido hacía una eternidad.

Como a mí me resultaba menos complicado ducharme que a Cady, normalmente acababa antes que ella y me iba a esperar-la al banco que había junto al puente del arroyo Clear Creek. Me calé mi sombrero de verano de hojas de palma, me puse mis Ray-Ban de hacía diez años y me coloqué el asa de la bolsa de deportes para no clavarme en el pecho la estrella que me identificaba como *sheriff* del condado de Absaroka. Empujé la puerta de cristal y me encontré con el ocaso glorioso de una tarde de verano de las llanuras altas. Nos encontrábamos en plena época de vacaciones, el fin de semana del rodeo se aproximaba y las calles estaban llenas de forasteros.

Giré a la izquierda para dirigirme al puente. En el banco me senté junto a un hombre corpulento con cola de caballo y coloqué la bolsa del gimnasio entre ambos.

—¿Cómo es que no me habéis invitado a cenar?

El representante del pueblo cheyene continuó con la cabeza

echada hacia atrás y los ojos cerrados, absorbiendo la calidez del sol de la tarde.

–Ya hemos hablado de esto, tú.

–Es sábado por la noche y no tengo ningún plan.

–Ya encontrarás algo que hacer. –Inspiró hondo. Ese era el único signo que confirmaba que el indio no estaba hecho de madera, como los que se colocaban como reclamo a la puerta de un estanco–. ¿Dónde está Vic?

–Renovando su permiso de armas en Douglas.

–Maldición.

Pensé en mi temible ayudante de Filadelfia: era capaz de disparar, beber y jurar mejor que cualquier otro poli que yo conociese; no me quedaba demasiado claro si era algo positivo que se encontrara representando a nuestro condado ante la academia de policía de Wyoming.

–Pues sí, este fin de semana Douglas no será un lugar seguro.

Él asintió de forma casi imperceptible.

–¿Cómo va todo eso?

Me llevó un momento entender a qué se referiría con «todo eso».

–La verdad es que no estoy seguro. –Él levantó un párpado mínimamente y me estudió como si fuera miope–. Parece que tenemos un problema de sincronización. –El párpado se cerró. Dejamos que transcurriera un momento de silencio–. ¿Dónde vais a ir a cenar?

–No te lo voy a decir, tú.

–Venga.

Su rostro continuaba impassible.

–Ya hemos tenido antes esta conversación.

Era cierto, la habíamos tenido. Oso era de la opinión de que lo mejor para nuestra salud mental era que Cady y yo no pasáramos juntos todas y cada una de las horas del día. Me resultaba difícil, pero iba a tener que perderla de vista de vez en cuando.

–¿Os quedáis en el pueblo o vais a Sheridan?

–No te lo voy a contar.

Me distrajo el resplandor del *flash* de una cámara y me giré a tiempo de ver a una forastera sonreír y continuar su camino

en dirección al café La Abeja Hacendosa, donde probablemente acabaría cenando yo solo. Me volví para mirar el imponente perfil de Henry Oso en Pie.

–Deberías sentarte conmigo más a menudo, soy un hombre fotogénico.

–Antes de que llegaras las fotos eran más frecuentes, tú.

Lo ignoré.

–Es alérgica a las ciruelas.

–Sí.

–No estoy seguro de que recuerde eso.

–Yo sí.

–Nada de alcohol.

–Sí.

Pensé en esa recomendación y fui completamente sincero.

–Dejé que se tomara una copa de vino tinto el fin de semana pasado.

–Lo sé.

Me giré para mirarlo.

–¿Te lo ha contado ella?

–Sí.

Completamente conchabados. Estaba celoso, tenía una vaga sensación de que Oso estaba haciendo más progresos que yo intentando que Cady volviera a ser la misma de siempre.

Estiré las piernas y las crucé a la altura de los tobillos: mis botas necesitaban un remiendo urgente. Me ajusté el cinturón del arma para no clavarme el martillo de mi Colt 45 en el costado.

–¿Sigue en pie lo de los rotarios del viernes?

–Sí.

El club rotario iba a acoger un debate entre el fiscal Kyle Straub y yo. Éramos los dos candidatos al puesto de *sheriff* del condado de Absaroka. Después de sobrevivir a cinco elecciones y veinticuatro años de servicio, los debates por lo general se me daban bien, pero creía que podía serme útil algo de apoyo entre el público y por eso le había pedido a Henry que me acompañase.

–Considéralo como un servicio público: la mayoría de los rotarios no han conocido nunca a un americano nativo.

Con ese comentario conseguí que volviera a abrir el ojo y que se volviese hacia mí.

—¿Te gustaría también que me pusiera una pluma en la cabeza, tú?

—No, me limitaré a presentarte como a un fiero piel roja.

Cady apoyó una mano en mi hombro y se inclinó hacia delante para dejar que el representante del pueblo cheyene depositara un beso en su mejilla. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de tirantes y me alegró ver que lucía la chaqueta de cuero con flecos y tachuelas que le había regalado yo años atrás. Las noches de julio todavía podían ser frescas al pie de las montañas Big Horn.

Le dio un golpecito a mi sombrero y dejó su bolsa del gimnasio encima de la mía. Se volvió hacia Henry.

—¿Estás listo?

Él abrió el otro ojo.

—Listo.

Se levantó sin ningún esfuerzo y pensé que, si actuaba rápido, igual conseguía una respuesta.

—¿Adónde vais?

Ella sonrió cuando Oso rodeó el banco y la cogió por el codo.

—No me está permitido decírtelo.

Se suponía que el actual pretendiente de Cady, y también hermano de Vic, iba a venir el martes desde Filadelfia para pasar unas vacaciones en el Lejano Oeste. Todavía no había conseguido que me contaran con quién iba a alojarse.

—Que no se te olvide que Michael va a llamar.

Ella negó con la cabeza al pasar delante de mí, deteniéndose para levantar mi sombrero y darme un beso en la coronilla.

—Sé cuándo llama, papá. Llegaré a casa mucho antes —respondió, y me caló el sombrero bien fuerte.

Volví a colocármelo y los observé cruzar la acera, donde Henry la ayudó a subir a *Lola*, su descapotable T-Bird celeste de 1959. Gracias a la pericia de los mecánicos del sur de Filadelfia casi no se notaban los desperfectos que yo le había causado al viejo automóvil, y me detuve a admirar cómo el sol de Wyoming resplandecía contra los flancos del Thunderbird. Al ver que el

motor no arrancaba, albergué momentáneamente la esperanza de que no se marcharían, pero el viejo Y-Block prendió y soltó una ligera estela de carbono en la calle. Luego Henry metió la marcha y ambos desaparecieron.

Como de costumbre, yo me quedaba con las bolsas del gimnasio y él con la chica.

Sopesé mis posibilidades. Podía elegir entre el burrito precocinado del supermercado Kum-and-Go, los pimientos rellenos de la residencia de ancianos de Durant, la empanada de carne de la cocina de la cárcel o ir al café La Abeja Hacendosa. Me hice con mi colección de bolsas y atravesé el bullicio del puente sobre el Clear Creek antes de que Dorothy Caldwell cambiara de opinión y le diera la vuelta al letrero en cursiva que colgaba de su puerta.

—¿No te apetece lo de siempre?

—No.

Me sirvió té helado y me miró con el puño apoyado en la cadera.

—¿Es que no te gustó la última vez?

Me esforcé por recordarlo y me rendí.

—No recuerdo qué fue lo de la última vez.

—¿La enfermedad de Cady es contagiosa?

Ignoré su comentario y traté de decidir qué pedir.

—Me apetece experimentar. ¿Todavía preparas comidas del mundo los fines de semana? —Así intentaba Dorothy ampliar los horizontes culinarios de nuestro rinconcito de las llanuras altas.

—Así es.

—¿Y en qué parte del mundo estamos?

—En Vietnam.

No me llevó mucho responder.

—Paso.

—Está muy rico.

Enlacé los dedos y me acodé en la barra.

—¿Qué es?

—Pollo con citronela. —Dorothy continuaba mirándome fijamente.

—¿El plato de Henry?

–Fue él quien me pasó la receta.

Me sentía fulminado por su mirada.

–De acuerdo.

Se dispuso a prepararme el entrante mientras me tomaba el té a sorbos. Eché una ojeada a las otras cinco personas que había en el acogedor café pero no reconocí a ninguna de ellas. Debía de haberme entrado sed al ver a Cady ejercitarse, porque me bebí un tercio del vaso de dos tragos. Lo dejé sobre la superficie de formica y Dorothy me lo rellenó al instante.

–No sueles hablar mucho del tema.

–¿De qué?

–De la guerra.

Asentí mientras ella dejaba la jarra de plástico en la barra, a mi lado. Giré el vaso asiéndolo por la marca de la condensación.

–Es curioso, el tema ha salido esta misma tarde. –Mis ojos se encontraron con los suyos, casi ocultos bajo el pelo plateado–. Cady me ha preguntado por la cicatriz que tengo en la clavícula, la ofensiva del Tet.

Ella asintió levemente.

–Seguro que la había visto antes, ¿no?

–Sí.

Dorothy inspiró hondo.

–No pasa nada, mejora cada día que pasa. –Extendió una mano y me dio un ligero apretón en el hombro, justo a la altura de la mencionada cicatriz–. Pero ten cuidado... –Dorothy parecía preocupada.

Levanté la vista para mirarla.

–¿Por qué?

–Los recuerdos de ese tipo suelen venir de tres en tres.

La observé mientras ella asía la jarra de té y rellenaba los vasos de los otros clientes. Pensé en Vietnam. Y pensé en el hedor, en el calor y en los muertos.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1967

Había hecho el trayecto en helicóptero con ellos.

Un especialista de cuarto rango me preguntó dónde iba y observó cómo yo intentaba no vomitar sobre los muertos que

transportaba el Huey en la zona de carga. No eran los cadáveres los que me ponían enfermo, había visto muchos. Lo que pasaba es que no me gustaban los helicópteros. Aquellos hombres salieron en helicóptero en dirección a un lugar en el exterior del perímetro de defensa –la base aérea de Khe Sanh, en la zona desmilitarizada– cuando fueron alcanzados por un disparo de mortero. Estaban envueltos en ponchos de plástico porque al ejército se le habían agotado las bolsas para cadáveres. También se les había agotado la comida, las municiones y las medicinas. De las pocas cosas que parecían andar sobrados era de muertos. El joven médico militar me dirigió una sonrisa con unos labios tan finos que se asemejaba a una mueca cadavérica y me dijo que no me preocupara. Me contó que, en caso de resultar herido, tardarían veinte minutos en llevarme al hospital de campaña de la base y que, si mis heridas eran críticas, en doce horas estaría en Yokosuka, Japón. Mientras hablaba, hacía gestos en dirección a los bultos envueltos en plástico que había detrás de él. Al igual que a ellos, me importaba una mierda lo que dijera.

Poco después me encontraba analizando el interior verde cromado de un barracón Quonset mientras un enjuto oficial de Operaciones de Investigación de las Fuerzas Aéreas me escrutaba a través de sus gruesas lentes y del sudor. Estaba mirando fijamente la gorra de mi uniforme, así que me la quité de un tirón y volví a concentrarme en él. Yo también estaba sudando. En teoría, las tropas estadounidenses estábamos allí para ganarnos el corazón de la población civil, pero la mayor parte del tiempo nos limitábamos a sudar. Desde que había llegado a Vietnam seis meses atrás no podía evitar la sensación de estar derritiéndome.

El mayor me hizo esperar un plazo de tiempo considerable para darme a entender que había quebrantado el decoro militar al no descubrirme y lo descontento que estaba conmigo.

–¿Qué demonios se supone que debo hacer contigo?

La mayor parte de la humedad de mi cuerpo se reconcentraba entre los omóplatos, empapando el tejido de mi traje de faena.

–No estoy seguro, señor.

–¿Qué demonios es un MOS 0111?

–Un policía marine, señor. Un oficial investigador.

No dejaba de mover la cabeza como si no diera crédito.

—Sí, he recibido la orden de la Fuerza Expedicionaria de Marines. Tus credenciales han sido confirmadas por el capitán preboste de Chu Lai, por lo que entiendo que el mando del batallón ha decidido que ahora eres problema nuestro. —Levantó la vista y me observó. Tenía esa mirada, la misma mirada a la que tantas veces me había enfrentado en el breve periodo que llevaba en contienda. El oficial era mayor: los años se le habían echado encima sigilosamente desde que operaba sobre el terreno y ya nunca podría sacudírselos. La contienda había hecho presa de él, la guerra era su religión y había perdido la juventud al mismo tiempo que la vista—. Así que inspector marine, ¿eh?

Permanecí en silencio y me concentré en la pared ondulada intentando no fijarme en la foto de DeDe Lind, la Miss Agosto 1967 de la revista *Playboy* que había allí colgada.

Estábamos en diciembre.

El mayor volvió a hojear mi historial de servicio como si le pareciera un disparate.

—¿Investigar? Diablos, ni siquiera sabía que los malditos marines sabían leer. —Pasó la página e intuí que los problemas no habían hecho más que empezar. Levantó la vista lentamente—. ¿Estudiante de Literatura Inglesa?

—Me matriculé para jugar al fútbol americano, señor. —Había descubierto que en las Fuerzas Armadas era conveniente restarle importancia a los estudios universitarios, y el deporte siempre era una táctica de distracción rápida y efectiva.

Parpadeó tras sus gafas y frunció el ceño como si se estuviera planteando que quizá yo no fuera el completo gandul que se imaginara segundos antes.

—¿De qué jugabas?

—De *tackle* en la línea ofensiva, señor.

—¿En las trincheras? Extraordinario. Yo también jugué un poco en el instituto.

Me figuré que eso habría sucedido cuando los cascos aún eran de cuero.

—¿De verdad, señor?

—De corredor.

–Sí, señor. –Carne de banquillo, seguro.

Estudió mis documentos un poco más.

–No jugué mucho. –Como no sabía qué replicar, me quedé allí quieto con la boca cerrada, otra táctica que había aprendido después de tratar con la jerarquía militar—. Mira, alguien le debe un favor a alguien y ese es el motivo de que te encuentres aquí. –Se reclinó en su silla metálica verde, que era casi de la misma tonalidad que las paredes cromadas, y finalmente se dio cuenta de que aún me encontraba en posición de firmes—. Descanse. –Dejó caer mis papeles y se concentró en mi persona mientras yo separaba ligeramente las piernas y me llevaba las manos a la espalda. Todavía sostenía la gorra en la mano—. Tenemos un problemilla en la base; alguien está introduciendo drogas, no es nada serio. Ya hay algunos hombres muy valiosos investigando el asunto. No estoy haciendo más que suposiciones pero creo que el capitán preboste quiere que uno de sus MOS 0111 novatos se enfogue un poco.

Continuó mirándome fijamente y me figuré que esperaba algún tipo de respuesta.

–Sí, señor.

–Me resulta un misterio que los chicos del traje de camuflaje no os encarguéis de vuestros propios problemas, teniendo tantos, pero ya que estás aquí trataremos de sacarle provecho al asunto. –Volvió a repasar los papeles de su escritorio—. Eres nuevo y a la gente no le llevará demasiado tiempo imaginarse qué estás haciendo aquí. De modo que lo mejor que puedes hacer es mantener el pico cerrado y hacer lo que se te diga. ¿Me has entendido?

–Sí, señor.

–El trabajo que has hecho hasta ahora siempre ha estado bajo la supervisión directa de los investigadores de la marina; a partir de ahora vas a trabajar con el personal de seguridad de las Fuerzas Aéreas y con el Servicio de Inteligencia del ejército, que sin duda te parecerán unos tipos mucho más capaces que los marineros.

–Sí, señor.

–Te voy a poner con Mendoza, que pertenece al Escuadrón

de Seguridad de la 377, nuestra división aérea, y con Baranski, del Servicio de Inteligencia. Llevan trabajando en el caso unas cinco semanas y tú les servirás de gorila.

–Sí, señor. –Aunque el mayor eructara, yo continuaría respondiendo lo mismo.

–Ambos son sargentos primeros y acatarás cualquier orden que te den. ¿Entendido?

–Sí, señor.

–Son de la promoción de 1966. –Metió los documentos dentro de la carpeta y me los entregó–. Eso significa que todavía tienes la posibilidad de ganarte un galón de los tuyos, algo así le da sentido al sacrificio que supone la guerra.

–Sí, señor.

–Rompa filas.

Cuando llegué a la oficina que había en el exterior y le entregué mis documentos al oficial correspondiente de las Fuerzas Aéreas, había dos sargentos primeros apoyados junto a la puerta de entrada. Uno de ellos era moreno y de baja estatura. El otro era alto, con aspecto de gigoló y bigote a lo Errol Flynn. Tenía el pelo rubio, ojos azules marca de la casa y traje de faena. Me tendió la mano y yo se la estreché, reconociendo en el apretón a un hombre despreocupado y seguro de sí mismo.

–¿Eres la nueva mascota que nos envían los marines?

–Pues sí.

Encendió un Camel y giró la cabeza para mirar a su compañero, que ahora me tendía la mano. También se la estreché. Hablaba con un marcado acento tejano.

–Soy Mendoza. Y él es Baranski.

Yo ya había leído sus nombres en sus placas identificativas, bien visibles sobre su bolsillo derecho, al igual que ellos también habrían leído la mía, pero este era un protocolo distinto. Volví a calarme la gorra.

–Longmire.

–¿*Sheriff* Longmire?

Cuando me giré, me encontré con Rosey Wayman, una de las pocas mujeres que integraban la patrulla de carreteras de Wyo-

ming. La habían trasladado del destacamento de Elk Mountain hacía unos seis meses y, desde entonces, había causado bastante revuelo en las montañas Big Horn.

—Pero bueno, si es la belleza de la autopista. —La observé mientras su sonrisa habitual dejaba al descubierto unos hermosos dientes blancos y sus ojos azules centelleaban.

Quizá mi noche estuviera mejorando. Me pregunté cuándo volvería Vic.

—Siento molestarte, Walt, pero tenemos un aviso y Ruby me ha dicho que te encontraría aquí.

—¿Qué tenemos?

—Unos granjeros han hallado un cuerpo en la carretera del Oso Solitario, cerca de la Ruta 249.

Puede que mi noche estuviera empeorando.

Eso quedaba cerca de Powder Junction. Estábamos en el mes de julio y no hacían falta grandes dotes deductivas para imaginarse qué estaría haciendo alguien del pueblo allí, en esa parte remota de la red de carreteras del condado.

—¿Segadores o empacadores?

—Empacadores. Por lo visto segaron la semana pasada.

En verano, en Wyoming no quedaba ni una hectárea de pasto sin cortar. El Departamento de Transportes normalmente subcontrataba la siega de los pastos que bordeaban las autopistas a los granjeros locales que pujaran más a la baja. De este modo, algo que era propiedad del estado se convertía en un bien privado, conocido por el nombre de «heno enlatado».

Levanté el pulgar en dirección a la patrullera rubia para indicarle que me hacía cargo cuando Dorothy volvía con un plato lleno de pollo y citronela.

—¿Me lo pones para llevar?

No importa en qué sector de las fuerzas de seguridad trabajes, siempre hay una tarea que temes. En las jurisdicciones más difíciles seguramente ese temor tenga que ver con los terroristas, los asesinos en serie o las bandas de narcotraficantes, pero para un *sheriff* del oeste lo más temible siempre será el hallazgo de un cadáver arrojado en mitad de ninguna parte. A día de hoy,

en el condado de Sheridan, al norte, tienen dos casos de asesinato sin resolver y en el de Natrona, al sur, tienen cinco. Hasta hacía veintiocho minutos, nosotros no teníamos ninguno. Y, de repente, ahí estás, junto a una carretera con una víctima, sin identificación, sin escenario del crimen, sin sospechosos, sin nada.

Me bajé del coche patrulla de Rosey y saludé con un gesto de la cabeza a Chuck Frymyer y a Superduro, mis dos ayudantes asignados al sur del condado.

—Walt. La chica está al pie de la colina.

Nos dirigimos hacia dos empacadoras gigantescas estacionadas al borde de un desagüe grande que pasaba bajo la carretera. El teniente Cox, comandante de la división de la patrulla de carreteras, se encontraba con dos de sus hombres en mitad de la pendiente mirando la zanja de más abajo, mientras estos tomaban notas. El suceso había ocurrido cerca de su carretera, pero estábamos en mi condado.

—Eh, Karl.

—Walt. —Señaló con la cabeza una pieza de maquinaria donde había sentados dos *cowboys* entrados en años, uno con un ajado sombrero de paja y el otro con una gorra de béisbol del rancho Rocking D—. ¿Conoces a estos caballeros?

—Claro. —Ambos se levantaron al verme. Den y James Dunningan eran un par de míseros granjeros que tenían un rancho cerca de Bailey. James era un poco tontorrón y Den simplemente era un mal bicho.

—¿Qué tal te va, James?

Den guiñó los ojos y comenzó a hablar.

—Cuando estuvimos segando hace dos días ella no estaba aquí...

James lo interrumpió.

—Eh, Walt.

—¿Qué tenemos aquí?

Aunque imaginé que los de la patrulla ya les habrían tomado declaración, creí conveniente darles a los hermanos otra oportunidad de contar la historia antes de proseguir.

—Ya se lo he dicho a ellos. —Den hizo un gesto en dirección a

los agentes de carreteras. Probablemente había sido un día largo, era sábado por la tarde y seguro que creía que ya lo habían retenido bastante.

–Cuéntamelo a mí. –Quería sonar amistoso y al mismo tiempo asegurarme de que entendía que no era una pregunta. Frymyer había sacado su bloc y estaba tomando notas.

James continuó con voz calmada e hizo todo lo posible para concentrarse en la conversación que teníamos entre manos.

–Estábamos empacando y nos topamos con ella.

–¿Y qué hicisteis después?

Él se encogió de hombros.

–Apagamos la máquina y llamamos al 911.

–¿Os acercasteis al cuerpo?

–No, yo no.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Miré de reojo a Den, que estaba parpadeando sin parar.

–¿Den?

Él se encogió de hombros.

–Fui hasta el borde del desagüe y le grité. –Otro pestañeo–. Pensé que igual estaba durmiendo. Entonces vi que no respiraba.

Hice que Den me mostrara la ruta exacta que había cogido y luego subí con mis dos ayudantes a lo alto del desagüe, por donde era improbable que hubiera pasado alguien. Me puse en cuclillas como los cazadores y esperé mientras Cox despedía a los hermanos Dunnigan.

Me giré hacia Chuck.

–¿Sabes desmontar una empacadora?

El chico de la perilla rubia me sonrió.

–Nací para eso.

–Ve y encárgate de abrir esa y comprueba el contenido. Luego parte las dos últimas balas que hay hacia el norte. Si iba caminando o corría huyendo de alguien quizá haya dejado caer su bolso o alguna otra cosa por el camino. –Frymyer se detuvo un momento y me quedé mirándolo–. ¿Necesitas ayuda?

Miró las pacas de una tonelada.

–Sí.

Miré a Superduro y este se marchó con Chuck.

Todavía había mucha luz –así era el verano del norte– y podía verse perfectamente el lugar donde esa joven había pasado los últimos momentos de su vida. Iba vestida de forma provocativa, algo poco apropiado teniendo en cuenta el entorno. Llevaba una minifalda, un top rosa anudado al cuello e iba descalza. Su pelo largo y oscuro se había enredado con las hierbas altas, el implacable viento de Wyoming era el responsable, dejando al descubierto una delicada estructura ósea. Tenía los ojos cerrados y uno podía pensar que estaba dormida salvo por el matiz azulado de la piel de su rostro, por el ojo hinchado y por el hecho de que, desde el ángulo en el que yo me encontraba, se percibía que tenía el cuello roto.

Oí que Cox se acercaba y se agachaba a mi lado.

–¿Has perdido peso?

–Sí, voy al gimnasio con Cady todos los días.

Él asintió.

–¿Cómo le va?

–Está bien, Karl. Gracias por preguntar. Oye, hablando de Cady, ¿te importaría pedirle a Rosey que llame a mi oficina para que le digan que no iré a casa esta noche?

–Cuenta con ello. –Se echó hacia atrás su sombrero de guardabosques reglamentario–. Los del Departamento de Investigación Criminal están de camino. Creo que vendrá la malvada bruja del oeste en persona.

Asentí. T. J. Sherwin siempre buscaba cualquier excusa para venir a las montañas en verano. El teniente cogió una brizna de hierba y se llevó el extremo cortado a la boca.

–Hemos peinado la zona hasta Casper, Walt, pero no hemos hallado ningún vehículo abandonado. –Eché un vistazo a mis ayudantes–. ¿Vais a comprobar la empacadora?

–Sí.

–Bien. Mis chicos no sabían ni por dónde empezar a mirar. –Estudió el cuerpo de la joven muerta y luego me miró–. Tengo hombres preguntando en los restaurantes chinos de Sheridan, Casper y Gillette para averiguar si alguien ha desaparecido...

–No te molestes. –Me pasé una mano por la cara–. La chica es vietnamita.